



del negro, en los más valientes se reconoce que, estadísticamente, las brutalidades policíacas vienen a la cabeza de los atropellados reconocidos. Donde quiera que la fuerza es la única respuesta a los disturbios, es la guerra. Mañana, los veteranos negros van a volver de Vietnam. Hoy, las recomendaciones de la Comisión Kerner son realizables sólo a largo plazo: no se transforman las bocas de incendio en piscinas, no se rehacen los planos de las ciudades, no se crean empleos y capacitaciones profesionales de un verano para otro, ni siquiera con la ayuda de los métodos audiovisuales. La sociedad americana secreta sus propias formas de rebelión; los gestos del sa-

queo y los del supermercado son los mismos: en un caso se paga a la salida, en el otro no. No basta con saber que la algarada se ha producido contra los bienes materiales de los blancos más que contra sus personas. A fuerza de falsificar las razones los americanos han quedado privados de los medios de conocimiento. La delincuencia es un lenguaje que hay que aprender a leer. El ejército ya está entrenándose y hace planes de acción para los barrios negros de las ciudades; no hay que excluir el que la ley marcial se proclame antes de los colores de julio. Este año el verano americano va a empezar pronto. La segunda guerra civil está en marcha.

RACISMO

Veinte puntos de vista



Solamente un ingenuo podría esperar que entre los beneficios de la descolonización figurase la superación del racismo. Arma política eficazísima para defender intereses de grupo, la discriminación racial juega un papel de primer orden al servicio de la supervivencia del neocolonialismo en todo el Tercer Mundo. Leopold Senghor ha subrayado muy bien que el racismo no es un sentimiento natural —como puede serlo el patriotismo—, sino «un sentimiento artificialmente producido». Senghor lo define como «una enfermedad infantil de los tiempos modernos» en el trabajo que encabeza una antología de reflexiones sobre este problema, avalada por veinte firmas prestigiosas —desde Olivier Todd hasta Alain

Peyrefitte, desde Memmi hasta Galard—, que, en versión española de José Bailo acaba de editar «Nova Terra», de Barcelona. Estas veinte opiniones constituyen el resultado de una encuesta organizada por la revista francesa «La Nef», bajo el título «El racismo en el mundo». La titulación española —«Los racimos políticos»— precisa mejor el verdadero contenido de esta colección de trabajos. Si hay un denominador que corresponda a todos es la consideración, unánimemente compartida aunque no siempre se explicita, de la tonalidad política que colorea los distintos racimos en vigor.

Senghor señala muy bien cómo, a nivel teórico este carácter político del racismo encuentra su justificación en un texto célebre: «Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas», de Gobineau. Para el autor africano «es el principio de la conquista, concretamente del reparto del África Negra, que tuvo su conclusión en el Congreso de Berlín, en 1885». Por su lado, J. M. T., analiza, en un ensayo rápido, la conversión del antisemitismo en ideología y expone con agudeza sus distintas expresiones. En general, todos los colaboradores de esta significativa encuesta nos muestran, algunos muy brillantemente, la dimensión política del racismo, aunque en ocasiones el fenómeno aparezca enmascarado. Sin eufemismos, directamente, estos veinte puntos de vista instalan al racismo sobre sus auténticas bases. Su raíz política queda transparentemente al descubierto. ■ E. G. R.

NUEVA SOCIEDAD, NUEVO TEATRO

Bajo el signo de la investigación

La verdad es que llevamos ya bastante más de medio siglo de constante investigación escénica. Medio siglo largo de dudas, de respuestas heterogéneas, de conquistas inmediatamente puestas en cuestión.

Fue el Naturalismo, ya llevado a la novela, el que, en los años ochenta del siglo XIX, anunció la necesidad de una transformación del teatro. Zola, en uno de sus artículos afirmaba: «¿Qué deseáis que hagamos nosotros en el teatro, nosotros que somos seguidores de la verdad, analistas, exploradores de la vida, si vosotros nos probáis que en los escenarios no podemos usar nuestros métodos e instrumentos? ¡Sí! ¡El teatro vive sólo de convencionalismos, debe mentir, se niega a aceptar nuestra literatura experimental! Bien, pues entonces el teatro será abandonado, puesto en manos del simple entretenimiento. Pronunciáis el veredicto y matáis el teatro». La disyuntiva estaba muy bien formulada. O el teatro respondía a las exigencias de los más despiertos, integrándose en los procesos y necesida-

des de la cultura, o el teatro sería abandonado en manos rutinarias, pasando a ser paulatinamente de arte vivo a hábito social, primero, y, más tarde, de hábito social a anacrónico entretenimiento.

Brecht, muchos años después, y desde perspectivas bien distintas, en un famoso poema dedicado a los actores de una compañía tradicional, decía:

«En cuanto a vosotros, no digáis: ese [hombre] no es un artista. Levantando tal muro [ralla] entre vosotros y el mundo, vosotros [mismos os arrojaís] fuera del mundo, Negadle su calidad de artista; él podría negaros vuestra calidad de hombres, y entonces sería más grave su reproche».

El hombre a que alude Brecht es el «hombre de la calle» y a su teatro cotidiano para comunicarse con los semejantes y afrontar las circunstancias. Brecht vuelve a decirle al teatro, como Zola medio siglo atrás, que tiene que elegir entre estar o no estar en el